

ESTE TU HERMANO ESTABA MUERTO Y HA REVIVIDO - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Lc 15,1-3.11-32

Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: -- Este recibe a los pecadores y come con ellos. Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: "Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde". Y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdió sus bienes viviendo perdidamente. Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad. Entonces fue y se arrió a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos. Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros' ". Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó. El hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo". Pero el padre dijo a sus siervos: "Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzado en sus pies. Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado". Y comenzaron a regocijarse. "El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. El criado le dijo: "Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano". Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara. Pero él, respondiendo, dijo al padre: "Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo". Él entonces le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado"".

. En este cuarto domingo de cuaresma, el evangelista Lucas nos regala un pasaje especial de su evangelio para que podamos hacernos una imagen correcta de Dios y podamos conocerlo, y eso solamente puede suceder a través de Jesús. Jesús cuenta con la parábola del hijo pródigo, del padre misericordioso, quien es realmente Dios. Lo hace Jesús dirigiéndose a un grupo de personas importantes de su tiempo, los fariseos y los letrados. Esta gente muy religiosa, que tiene una imagen de Dios según

la doctrina que premia a los buenos y castiga a los malos, se escandaliza y critica a Jesús porque él acoge a descreídos y pecadores. Jesús se sienta a la mesa con personas que tenían mala reputación.

Esto para la gente religiosa era imposible de aceptar porque era contrario a la doctrina, a lo que ese mismo dios de la religión imponía.

Jesús con esta parábola quiere romper con los prejuicios y las falsas doctrinas, y darnos a conocer la imagen del Padre, el Dios en el que creemos.

"Un hombre tenía dos hijos, el menor le dijo a padre: -Padre, dame la parte de la fortuna que me

toca. El padre le repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor juntado todo lo suyo emigró a un país lejano, y allí derrocho su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se le había gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra, y empezó el a pasar necesidad. Fue entonces y buscó amparo en uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pues nadie les daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: - ¿Cuántos jornaleros de mi padre

tienen pan de sobra mientras yo aquí me muero de hambre. Voy a volver a casa de mi padre y le voy a decir: -Padre he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Trátame como a uno de tus jornaleros". Esta es la primera parte de la parábola, en la que nos cuenta Lucas el comportamiento de este hijo menor de un padre que tiene dos hijos, y el menor le pide la parte de su herencia. El padre ha repartido sus bienes entre los dos sin poner ninguna condición y sin exigir ningún tipo de garantía y sin echar en cara nada. El padre deja la máxima libertad a este hijo para que

use esos bienes como el crea conveniente. De este cuadro que nos ofrece Lucas podemos comprender que el Padre del cielo no pone nunca condiciones para regalarnos sus dones, ni tampoco exige explicaciones cuando recibimos esos dones o nos echa en cara lo que hemos recibido.

El problema de este hijo menor es que no ha sabido en absoluto ni usar ni aprovecharse de esos dones, y ha vivido de manera equivocada, por lo que ha perdido todo lo que tenía, y al final, tendrá que ir a servir en ese país extranjero en una casa cuidando cerdos, algo terrible para un judío porque era una

humillación total el tener que servir en la casa de un pagano, pero sobre todo, guardando a los cerdos, perdiendo todo el honor y la propia estima. Al final recapacita, pero no porque se sienta arrepentido o porque el piense como su padre tiene que sufrir por esta ausencia de su hijo menor, sino que recapacita para volver a casa de su padre sólo por una cuestión de interés. Piensa que los jornaleros en casa de su padre tienen pan en abundancia, y él en cambio se está muriendo de hambre. Es el hambre lo que lleva a volver a la casa paterna, no la consideración hacia su padre. Está claro que este hijo menor prepara

una especie de acto de arrepentimiento para que el padre lo acepte de nuevo. Expresa esto: "Padre he ofendido a Dios y a ti, no me trates como a un hijo, sino como a un siervo". Esta es la excusa que inventa el hijo para ser nuevamente acogido. "Entonces se puso en camino para la casa de su padre. Cuando aun estaba lejos lo vio su padre y se conmovió. Salió corriendo se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decir: -Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre

dijo a sus criados: -Sacad enseguida el mejor traje y vestidlo. Ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y se ha encontrado. Y empezaron el banquete". El hijo menor se pone en camino, y el padre que lo ha dejado marcharse libremente, pero

- que lo ha esperado siempre, dice el evangelista, que al verlo de lejos, echó a correr, se conmovió, sintiendo la compasión profunda, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El padre ha roto con el

protocolo de aquella cultura. Una persona honorable no echaba a correr delante de nadie; al padre no le importa estas costumbres, sino que lo importante es que su hijo ha vuelto, y para que el hijo no se sienta humillado se le echa al cuello enseguida sosteniéndolo y llenándolo de besos, y de esa manera el hijo ya puede entender que el padre no sólo no tiene nada en contra de él, sino que está contento por haberlo recuperado, y esa alegría el padre la demuestra dándole al hijo todo el honor perdido. Pero antes de eso, el padre no le permite al hijo que exprese hasta el final el acto de arrepentimiento: “Padre he ofendido a

dios y a ti y ya no merezco ser llamado hijo tuyo”. Eso el padre no lo tolera, porque este hijo menor es siempre su hijo y no puede ser tratado como un jornalero. El padre no acepta ese tipo de ofensa, que el hijo pretenda ser llamado como un siervo, que el hijo haya dejado de ser realmente hijo de su padre.

Los dones que el padre le ha dado: el vestido, las sandalias, el anillo, el ternero cebado, son toda expresión de máxima estima, para dar a entender al hijo lo importante que es que haya regresado; que forma parte siempre de la familia y el amor del padre. El vestido significa el máximo de los honores. El

anillo significa que puede disponer de nuevo de los bienes del padre, al igual que las sandalias significa la libertad, la persona que no es un siervo, sino que pertenece a la dignidad del padre. Esta imagen nos da a comprender como el padre no ha esperado el arrepentimiento del hijo, sino que le ha mostrado su amor mucho antes de que el hijo se arrepintiera, porque el hijo ha vuelto por hambre, por interés, no porque realmente se haya sentido en falta en relación con su padre.

"El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la casa oyó la música y la danza. Llamó

a uno de los mozos y le preguntó que pasaba. Este le contestó: ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar el ternero cebado por haber recobrado a su hijo sano y salvo. El se indignó y se negaba a entrar. Su padre salió e intentó disuadirlo, pero el replicó a su padre: -A mi en tantos años como te sirvo sin saltarme nunca un mandato tuyo, jamás me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. En cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus vienes con malas mujeres, matas para él el ternero cebado. El padre le respondió: -Hijo, si tu

estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Además había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a vivir. Andaba perdido y se le ha encontrado." En esta segunda parte de la parábola que describe la actitud del hijo mayor, Lucas nos está diciendo cual es la actitud de estos fariseos y letrados, personas muy pegadas a la Ley, pero incapaces de poder vivir la vida de manera auténtica y profunda. El hijo mayor se indigna por la actitud del padre hacia el hijo menor que se ha comportado de manera equivocada. Es el padre

quien tiene que salir de su casa para persuadirlo para que entre. El padre es el que se mueve siempre y toma la iniciativa para recuperar a la familia que todavía no tiene la conciencia de ser una familia autentica. Los hermanos no se sienten hermanos entre ellos ni hijos tampoco respecto al padre. Es el padre el que tiene que recomponer esos lazos, haciendo sentir el valor de la fraternidad, y sobre todo dando a conocer la riqueza de su paternidad: "Hijo mio, todo lo que yo tengo es tuyo" . Por lo cual, no hay nada que pedir al padre. El padre nos lo regala con anticipación, y no

pretende que lo sirvamos, sino al contrario, que podamos gozar de su cariño y presencia.

La parábola acaba de esa manera, sin una respuesta. No se sabe si el hijo mayor habrá entrado en la casa, ni si el hijo menor esa misma noche se habrá escapado de nuevo.

Pero no importa, porque el final de la parábola tenemos que darla nosotros. Somo nosotros quienes tenemos que reconocer la paternidad y reconstruir los vínculos de fraternidad sintiéndonos realmente hermanos, gracias al amor del padre misericordioso

En este cuarto domingo de cuaresma, el evangelista Lucas nos regala un pasaje especial de su evangelio para que podamos hacernos una imagen correcta de Dios y podamos conocerlo, y eso solamente puede suceder a través de Jesús. Jesús cuenta con la parábola del hijo pródigo, del padre misericordioso, quien es realmente Dios. Lo hace Jesús dirigiéndose a un grupo de personas importantes de su tiempo, los fariseos y los letrados. Esta gente muy religiosa, que tiene una imagen de Dios según la doctrina que premia a los buenos y castiga a los malos, se escandaliza y critica a Jesús porque él acoge a descreídos y

pecadores. Jesús se sienta a la mesa con personas que tenían mala reputación. Esto para la gente religiosa era imposible de aceptar porque era contrario a la doctrina, a lo que ese mismo dios de la religión imponía. Jesús con esta parábola quiere romper con los prejuicios y las falsas doctrinas, y darnos a conocer la imagen del Padre, el Dios en el que creemos.

"Un hombre tenía dos hijos, el menor le dijo a padre: -Padre, dame la parte de la fortuna que me toca. El padre le repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor juntado todo lo suyo emigró a un país lejano, y allí derrocho su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se le había gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra, y empezó el a pasar necesidad. Fue entonces y buscó amparo en uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pues nadie les daba de comer. Recapitando entonces se dijo: -¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra mientras yo aquí me muero de hambre. Voy a volver a casa de mi padre y le voy a decir: -Padre he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros". Esta es la primera parte de la parábola, en la que nos cuenta Lucas el comportamiento de este hijo menor de un padre que tiene dos hijos, y el menor le pide la parte de su herencia. El padre ha repartido sus bienes entre los dos sin poner ninguna condición y sin exigir ningún tipo de garantía y sin echar en cara nada. El padre deja la máxima libertad a este hijo para que use esos bienes como el crea conveniente. De este cuadro que nos ofrece Lucas podemos comprender que el Padre del cielo no pone nunca condiciones para regalarnos sus dones, ni tampoco exige explicaciones cuando recibimos esos dones o nos echa en cara lo que hemos recibido.

El problema de este hijo menor es que no ha sabido en absoluto ni usar ni aprovecharse de esos dones, y ha vivido de manera equivocada, por lo que ha perdido todo lo que tenía, y al final, tendrá que ir a servir en ese país extranjero en una casa cuidando cerdos, algo terrible para un judío porque era una humillación total el tener que servir en la casa de un pagano, pero sobre todo, guardando a los cerdos, perdiendo todo el honor y la propia estima. Al final recapita, pero no porque se sienta arrepentido o por que el piense como su padre tiene que sufrir por esta ausencia de su hijo menor, sino que recapita para volver a casa de su padre sólo por una cuestión de interés. Piensa que los jornaleros en casa de su padre tienen pan en abundancia, y él en cambio se está muriendo de hambre. Es el hambre lo que lleva a volver a la casa paterna, no la consideración hacia su padre. Está claro que este hijo menor prepara una especie de acto de arrepentimiento para que el padre lo acepte de nuevo. Expresa esto: "Padre he ofendido a Dios y a ti, no me trates como a un hijo, sino como a un siervo". Esta es la excusa que inventa el hijo para ser nuevamente acogido.

"Entonces se puso en camino para la casa de su padre. Cuando aun estaba lejos lo vio su padre y se conmovió. Salió corriendo se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decir: -Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: -Sacad enseguida el mejor traje y vestido. Ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y se ha encontrado. Y empezaron el banquete". El hijo menor se pone en camino, y el padre que lo ha dejado marcharse libremente, pero que lo ha esperado siempre, dice el evangelista,

que al verlo de lejos, echó a correr, se conmovió, sintiendo la compasión profunda, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El padre ha roto con el protocolo de aquella cultura. Una persona honorable no echaba a correr delante de nadie; al padre no le importa estas costumbres, sino que lo importante es que su hijo ha vuelto, y para que el hijo no se sienta humillado se le echa al cuello enseguida sosteniéndolo y llenándolo de besos, y de esa manera el hijo ya puede entender que el padre no sólo no tiene nada en contra de él, sino que está contento por haberlo recuperado, y esa alegría el padre la demuestra dándole al hijo todo el honor perdido. Pero antes de eso, el padre no le permite al hijo que exprese hasta el final el acto de arrepentimiento: "Padre he ofendido a dios y a ti y ya no merezco ser llamado hijo tuyo". Eso el padre no lo tolera, porque este hijo menor es siempre su hijo y no puede ser tratado como un jornalero. El padre no acepta ese tipo de ofensa, que el hijo pretenda ser llamado como un siervo, que el hijo haya dejado de ser realmente hijo de su padre.

Los dones que el padre le ha dado: el vestido, las sandalias, el anillo, el ternero cebado, son toda expresión de máxima estima, para dar a entender al hijo lo importante que es que haya regresado; que forma parte siempre de la familia y el amor del padre. El vestido significa el máximo de los honores. El anillo significa que puede disponer de nuevo de los bienes del padre, al igual que las sandalias significa la libertad, la persona que no es un siervo, sino que pertenece a la dignidad del padre. Esta imagen nos da a comprender como el padre no ha esperado el arrepentimiento del hijo, sino que le ha mostrado su amor mucho antes de que el hijo se arrepintiera, porque el hijo ha vuelto por hambre, por interés, no porque realmente se haya sentido en falta en relación con su padre.

"El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la casa oyó la música y la danza. Llamó a uno de los mozos y le preguntó que pasaba. Este le contestó: ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar el ternero cebado por haber recobrado a su hijo sano y salvo. El se indignó y se negaba a entrar. Su padre salió e intentó disuadirlo, pero el replicó a su padre: -A mi en tantos años como te sirvo sin saltarme nunca un mandato tuyo, jamás me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. En cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus vienes con malas mujeres, matas para él el ternero cebado. El padre le respondió: -Hijo, si tu estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Además había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermanos tuyo estaba muerto y ha vuelvo a vivir. Andaba perdido y se le ha encontrado." En esta segunda parte de la parábola que describe la actitud del hijo mayor, Lucas nos está diciendo cual es la actitud de estos fariseos y letrados, personas muy pegadas a la Ley, pero incapaces de poder vivir la vida de manera auténtica y profunda. El hijo mayor se indigna por la actitud del padre hacia el hijo menor que se ha comportado de manera equivocada. Es el padre quien tiene que salir de su casa para persuadirlo para que entre.

El padre es el que se mueve siempre y toma la iniciativa para recuperar a la familia que todavía no tiene la conciencia de ser una familia autentica. Los hermanos no se sienten hermanos entre ellos ni hijos tampoco respecto al padre. Es el padre el que tiene que recomponer esos lazos, haciendo sentir el valor de la fraternidad, y sobre todo dando a conocer la riqueza de su paternidad: "Hijo mio, todo lo que yo tengo es tuyo" . Por lo cual, no hay nada que pedir al padre. El padre nos lo regala con anticipación, y no pretende que lo sirvamos, sino al contrario, que podamos gozar de su cariño y presencia.

La parábola acaba de esa manera, sin una respuesta. No se sabe si el hijo mayor habrá entrado en la casa, ni si el hijo menor esa misma noche se habrá escapado de nuevo. Pero no importa, porque el final de la parábola tenemos que darla nosotros. Somos nosotros quienes tenemos que reconocer la paternidad y reconstruir los vínculos de fraternidad sintiéndonos realmente hermanos, gracias al amor del padre misericordioso.

- . En este cuarto domingo de cuaresma, el evangelista Lucas nos regala un pasaje especial de su evangelio para que podamos hacernos una imagen correcta de Dios y podamos conocerlo, y eso solamente puede suceder a través de Jesús. Jesús cuenta con la parábola del hijo pródigo, del padre misericordioso, quien es realmente Dios. Lo hace Jesús dirigiéndose a un grupo de personas importantes

de su tiempo, los fariseos y los letrados. Esta gente muy religiosa, que tiene una imagen de Dios según la doctrina que premia a los buenos y castiga a los malos, se escandaliza y critica a Jesús porque él acoge a descreídos y pecadores. Jesús se sienta a la mesa con personas que tenían mala reputación.

Esto para la gente religiosa era imposible de aceptar porque era contrario a la doctrina, a lo que ese mismo dios de la religión imponía. Jesús con esta parábola quiere romper con los prejuicios y las falsas doctrinas, y darnos a conocer la imagen del Padre, el Dios en el que creemos.

"Un hombre tenía dos hijos, el menor le dijo a padre: -Padre, dame la parte de la fortuna que me toca. El padre le repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor juntado todo lo suyo emigró a un país lejano, y allí derrocho su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se le había gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra, y empezó el a pasar necesidad. Fue entonces y buscó amparo en uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pues

nadie les daba de comer.

Recapacitando entonces se dijo: -

¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra mientras yo aquí me muero de hambre. Voy a volver a casa de mi padre y le

voy a decir: -Padre he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Trátame como a uno de tus

jornaleros". Esta es la primera parte de la parábola, en la que nos cuenta

Lucas el comportamiento de este hijo menor de un padre que tiene dos hijos, y el menor le pide la parte

de su herencia. El padre ha repartido sus bienes entre los dos sin poner ninguna condición y sin exigir

ningún tipo de garantía y sin echar en cara nada. El padre deja la máxima libertad a este hijo para que use esos bienes como el crea conveniente. De este cuadro que nos ofrece Lucas podemos comprender que el Padre del cielo no pone nunca condiciones para regalarnos sus dones, ni tampoco exige explicaciones cuando recibimos esos dones o nos echa en cara lo que hemos recibido.

El problema de este hijo menor es que no ha sabido en absoluto ni usar ni aprovecharse de esos dones, y ha vivido de manera equivocada, por lo que ha perdido todo lo que tenía, y al final, tendrá que ir a

servir en ese país extranjero en una casa cuidando cerdos, algo terrible para un judío porque era una humillación total el tener que servir en la casa de un pagano, pero sobre todo, guardando a los cerdos, perdiendo todo el honor y la propia estima. Al final recapacita, pero no porque se sienta arrepentido o porque el piense como su padre tiene que sufrir por esta ausencia de su hijo menor, sino que recapacita para volver a casa de su padre sólo por una cuestión de interés. Piensa que los jornaleros en casa de su padre tienen pan en abundancia, y él en cambio se está muriendo de hambre. Es el hambre lo que lleva

a volver a la casa paterna, no la consideración hacia su padre. Está claro que este hijo menor prepara una especie de acto de arrepentimiento para que el padre lo acepte de nuevo. Expresa esto: "Padre he ofendido a Dios y a ti, no me trates como a un hijo, sino como a un siervo". Esta es la excusa que inventa el hijo para ser nuevamente acogido. "Entonces se puso en camino para la casa de su padre. Cuando aun estaba lejos lo vio su padre y se conmovió. Salió corriendo se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decir:

-Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: -Sacad enseguida el mejor traje y vestidlo. Ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y se ha encontrado. Y empezaron el banquete". El hijo menor se pone en camino, y el padre que lo ha dejado marcharse libremente, pero

. que lo ha esperado siempre, dice el evangelista, que al verlo de lejos, echó a correr, se conmovió,

sintiendo la compasión profunda, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El padre ha roto con el protocolo de aquella cultura. Una persona honorable no echaba a correr delante de nadie; al padre no le importa estas costumbres, sino que lo importante es que su hijo ha vuelto, y para que el hijo no se sienta humillado se le echa al cuello enseguida sosteniéndolo y llenándolo de besos, y de esa manera el hijo ya puede entender que el padre no sólo no tiene nada en contra de él, sino que está contento por haberlo recuperado, y esa alegría el padre la demuestra dándole al hijo todo el honor perdido. Pero antes de eso,

el padre no le permite al hijo que exprese hasta el final el acto de arrepentimiento: “Padre he ofendido a dios y a ti y ya no merezco ser llamado hijo tuyo”. Eso el padre no lo tolera, porque este hijo menor es siempre su hijo y no puede ser tratado como un jornalero. El padre no acepta ese tipo de ofensa, que el hijo pretenda ser llamado como un siervo, que el hijo haya dejado de ser realmente hijo de su padre.

Los dones que el padre le ha dado: el vestido, las sandalias, el anillo, el ternero cebado, son todo expresión de máxima estima, para dar a entender al hijo lo importante que es que haya regresado; que

forma parte siempre de la familia y el amor del padre. El vestido significa el máximo de los honores. El anillo significa que puede disponer de nuevo de los bienes del padre, al igual que las sandalias significa la libertad, la persona que no es un siervo, sino que pertenece a la dignidad del padre. Esta imagen nos da a comprender como el padre no ha esperado el arrepentimiento del hijo, sino que le ha mostrado su amor mucho antes de que el hijo se arrepintiera, porque el hijo ha vuelto por hambre, por interés, no porque realmente se haya sentido en falta en relación con su padre.

"El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la casa oyó la música y la danza. Llamó a uno de los mozos y le preguntó que pasaba. Este le contestó: ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar el ternero cebado por haber recobrado a su hijo sano y salvo. El se indignó y se negaba a entrar. Su padre salió e intentó disuadirlo, pero el replicó a su padre: -A mi en tantos años como te sirvo sin saltarme nunca un mandato tuyo, jamás me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. En cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus

vienes con malas mujeres, matas para él el ternero cebado. El padre le respondió: -Hijo, si tu estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Además había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a vivir. Andaba perdido y se le ha encontrado." En esta segunda parte de la parábola que describe la actitud del hijo mayor, Lucas nos está diciendo cual es la actitud de estos fariseos y letrados, personas muy pegadas a la Ley, pero incapaces de poder vivir la vida de manera auténtica y profunda. El hijo mayor se indigna por la actitud del padre hacia el hijo menor

que se ha comportado de manera equivocada. Es el padre quien tiene que salir de su casa para

persuadirlo para que entre.

El padre es el que se mueve siempre y toma la iniciativa para recuperar a la familia que todavía no tiene

la conciencia de ser una familia

auténtica. Los hermanos no se sienten hermanos entre ellos ni hijos

tampoco respecto al padre. Es el padre el que tiene que recomponer esos

lazos, haciendo sentir el valor

de la fraternidad, y sobre todo dando a conocer la riqueza de su paternidad:

“Hijo mio, todo lo que yo

tengo es tuyo" . Por lo cual, no hay nada que pedir al padre. El padre nos lo regala con anticipación, y no pretende que lo sirvamos, sino al contrario, que podamos gozar de su cariño y presencia.

La parábola acaba de esa manera, sin una respuesta. No se sabe si el hijo mayor habrá entrado en la casa, ni si el hijo menor esa misma noche se habrá escapado de nuevo.

Pero no importa, porque el final de la parábola tenemos que darla nosotros. Somo nosotros quienes tenemos que reconocer la paternidad y reconstruir los vínculos de fraternidad sintiéndonos realmente hermanos, gracias al amor del

padre misericordioso